

HEMEROTECA
Abrapalabra
no.3
1989
c.2



Abrapalabra

Revista de Literatura UNIVERSIDAD RAFAEL LANDIVAR Departamento de Asuntos Culturales



RECIBIDO 5 ENE. 1989



SUMARIO

- Poemas *Amable Sánchez Torres*
- Una reflexión con Guillermo Camero *Marcia Vázquez*
- Reseña *Rolando Castellanos*
- Sobre Fuentes y Guzmán *René Ietona*
- Poemas *Pablo Antonio Cuadra*
- Un aleteo pesado y persistente *Cipriano Fuentes*
- Poemas *Yalanda Pantín*
- Un pájaro desertó de madrugada *Luis Aceituno*
- Nuevas Publicaciones *Alfonso Enrique Barrientos*

1989 3

Para cualquier persona que se interese por tratar la literatura seriamente, no ya como una manera de pasar un momento entretenido y de solaz es, a mi parecer, necesario que tenga a mano o en mente el momento histórico en que se desarrolla la obra y la historia misma de la obra completa del autor. Situar al texto y al autor dentro de su propio contexto es un paso obligado; manejar la historia literaria es como un primera etapa imprescindible para el estudioso de la literatura. Adentrarse en el campo de la teoría literaria resulta más concreto, es un acercamiento necesario a la poética del autor, sus influjos, corrientes que lo alimentan, estructuras formales y conceptuales. Estas permiten esbozar un mapa literario en el que se ubica al autor y a la obra.

Coincido con la opinión de Carnero sobre la necesidad de un conocimiento histórico literario previo a la formulación teórica de la literatura.

No se puede por ejemplo, entender que la crítica y teoría literarias que hace Emir Rodríguez Monegal sobre la obra de Jorge Luis Borges en *Latinoamérica en su Literatura*, se hubiera hecho sin tener previamente un conocimiento histórico del autor y su contexto.

Sin embargo, suele existir la tendencia a la especulación, tal es el caso de los ensayos de teoría literaria de Octavio Paz que tienen el defecto de estar escritos sólo para intelectuales e historiadores de la literatura. Para un lector común son simplemente herméticos, y por eso encajan en ese tipo de teoría a la que Carnero se refiere cuando dice "...otro más peligroso aún lo es el razonamiento *in vitro* del discurso abstracto sobre cualquier modo de ser de la Literatura". (*Insula*, 488-89).

Los teóricos literarios dan por supuesto un lector erudito, de manera que constituye una obligación para éste el estudio histórico previo, en el cual, sin lugar a dudas, ellos fundamentan su teoría.

La teoría literaria no tendría en ningún caso que obviar el paso por la historiografía ni tampoco convertirse en una ciencia abstracta o especulativa; por el contrario, debería tener como meta la iluminación en el estudio de los textos literarios.

SOBRE FUENTES Y GUZMAN

De hecho, si se ha asignado categoría literaria a Bernal Díaz del Castillo, ¿qué razones podrían aducirse para negársela a Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán? sería injusto, sobre todo si se piensa que su crónica se dio en una época en la que la Historia era concebida como una actividad que obligaba a un alto grado de composición artística. Que Fuentes y Guzmán no era ajeno a ello, lo demuestra su obsesión por los ritmos de la frase, el párrafo de léxico abundoso y la sintaxis complicada. Pero más que por los caprichos de su estilo, querramos o no, este escritor que había pretendido vanamente ser el cronista del Reino, sigue interesando porque en él se halla el emblema de una Guatemala que aún existe y, a siglos de distancia, su persona y su obra nos iluminan con triste resplandor. Sólo en parte aludimos con esto a la imputación que se le ha hecho de haber defendido una "ideología" de criollo, de terrateniente y funcionario de las dependencias del Imperio español. Obviamente, su *Recordación florida. Discurso y demostración natural, militar y política del Reino de Guatemala*, como reza el título completo de la obra, no podía dejar de teñirse de prejuicios de época y de autor, sin que tengamos que recurrir para desentrañarlos a nociones más o menos simplificadas de marxismo. Porque, aunque haya sido provechoso sacar a Fuentes y Guzmán del olvido, las interpretaciones actuales de su crónica no hacen sino confirmar el destino adverso que le tocó desde un principio. Sufriendo correcciones de manos anónimas, llevada y traída, trasapelada y aparecida, sólo llegó a publicarse en 1882 para padecer la crítica implacable de historiadores y literatos, que veían en ella

un fruto de "gusto depravado" —según frase de Ramón A. Salazar— y de fantasía histórica, aun cuando se sustentase en documentos y noticias de interés. Contemplarla hoy sólo como la manifestación de la conciencia mistificadora criolla añade más incomprensiones y equívocos a una obra de valoración difícil.

Para apreciarla mejor debería recordarse que en tiempos en que fue escrita la *Recordación Florida*, a fines del siglo XVII, la vida política y la cultura en Europa y, por extensión, en las colonias del Imperio español, mantenían una relación estrecha. A la par que la Historia era entendida como expresión de una ética —esa visión moral que los humanistas del Renacimiento habían promovido desde siglos atrás— la tarea del historiador discurría conforme a los intereses sociales y políticos del momento. Por eso, en Francia, los historiógrafos terminaron por convertirse en simples apologistas del poder real, mientras en España se establecía la institución de cronista mayor de Indias, iniciada en 1596 en la pluma de Antonio de Herrera, como una necesidad de la administración imperial de conocer en detalle los nuevos territorios conquistados, para gobernarlos de modo más efectivo. Las instancias de la política del Imperio se encauzaron, de esta forma, en los moldes de una historiografía cuya tradición habían avivado los humanistas y que se remontaba a los tiempos de los cronicones medievales. La ejemplaridad ligada a la formación político-moral del príncipe, la concepción heroica de la Historia y el cuidado estilístico eran normas historiográficas de época que bien conocía Fuentes y Guzmán. Así lo

atestiguan sus *Preceptos historiales*, que no eran sino una transcripción, con leves retoques, de la preceptiva del madrileño Luis Cabrera de Córdoba. Con esos antecedentes, no es de admirar que el cronista guatemalteco, aunque no siempre se cifra de modo estricto a los cánones europeos, termine por ofrecer un punto de vista que es, al mismo tiempo, política e historia, apología y cultura, prevención y sentimiento. Y menos deberían admirar los episodios increíbles, legendarios y míticos —que nada tienen que ver con un "realismo mágico" o con una impregnación de visiones indígenas primitivas, como nos quieren hacer creer las ignorancias contemporáneas—, pues esos episodios forman parte de las convenciones historiográficas medievales, en las que las leyendas y mitos tenían una función específica dentro de una concepción providencialista de la Historia. En ese aspecto, los cronistas hispánicos, e incluso Fuentes y Guzmán siguiendo a estos últimos, se apartaban de los humanistas de la historiografía italiana del Renacimiento que, iniciando la crítica científica de los textos, habían refutado la utilización de mitos pseudo-históricos, como había sido el caso de Lorenzo Valla, el protegido del rey de Nápoles o de Leonardo Bruni, el canciller de Florencia. Esos mitos, en Fuentes y Guzmán, continuaban anudados a una concepción de la Historia que hacía de Pedro de Alvarado un héroe, no por prejuicios de clase, sino porque a la luz de una cultura humanística los conquistadores se equiparaban a héroes de épopeyas grecolatinas, como bien recomendaban los preceptores renacentistas que se hiciera al tratar de altos personajes

históricos. Con ello, Fuentes y Guzmán se mostraba cabal heredero de la conquista, no sólo en términos políticos y económicos como se ha señalado con insistencia excesiva, sino en términos culturales. Todo un pozo de ideales historiográficos hispánicos, que no desdeñaban la imaginación sino que la amalgamaban a la realidad como había sucedido en las "historias universales" de la Edad Media, se sedimentaban en una crónica, con cuyo estilo, trasfundido de retoricismos españoles, el escritor guatemalteco se apropiaba de su patria inédita. Si esa sedimentación, por un lado sugiere la complejidad cultural sobre la que se asentaba su actividad de cronista —complejidad cultural, al cabo, propia y caracterizadora del mundo y el tiempo barrocos en que éste vivía—, por otra parte, esa presencia implícita de cánones historiográficos hispánicos apunta al desgarrar interior por el que el guatemalteco descargaba sus contradicciones.

Viviendo el pasado con esa intensidad que le daba la conciencia de continuar un mundo, Fuentes y Guzmán apuraba en su crónica el trago amargo de seguir siendo culturalmente español y de empezar simultáneamente a no serlo —ambigüedad que se traducía en otra: la de seguir siendo fiel al sistema del Imperio y de vivir, a un mismo tiempo, disconforme involuntariamente con su situación subalterna de criollo. A pesar de sus limitaciones, de sus prejuicios, errores y defectos, quizá nunca se volvió a dar entre los guatemaltecos un escritor que haya vivido tan a fondo, con tanta vehemencia, las incertidumbres, los claroscuros de su propia condición marginal. Y quizá en ello radique el escondido secreto de su grandeza.

RESEÑA

La publicación de *Cardoza y Aragón: La voz más alta* (Colección Rial Academia, 101 págs.), recopilación de textos sobre el poeta y crítico, constituye un justo homenaje a los ochenticinco años de vida del autor de *Guatemala, las líneas de su mano*. El volumen, editado por Marco Vinicio Mejía y la Embajada de Suecia, aporta, por primera vez en Guatemala, una serie de valiosos enfoques que van desde el juicio valorativo hasta el testimonio afectivo a una laboriosa trayectoria intelectual (1).

Desde la publicación de *El Río, Novelas de Caballería*, los estudios, ensayos, reseñas y notas —la mayor parte dispersos en publicaciones culturales— se han multiplicado hasta el punto que hoy es difícil establecer un recuento bibliográfico del gran material crítico que ha generado la obra cardoziana.

Hay que mencionar que el reconocimiento a su obra adquiere un mayor impulso a partir de la publicación de sus *Poesías completas y otras prosas* (Fondo de Cultura Económica, 1977). Aquí, en el prólogo, José Emilio Pacheco afirma: "La historia de la vanguardia latinoamericana todavía está por escribirse. En ella se dará a Luis Cardoza y Aragón el sitio que merece en primera fila".

Uno de los primeros estudiosos de Cardoza y Aragón fue César Brañas. Desde 1924 mantuvo informado al lector guatemalteco de los libros que nuestro autor publicaba en el extranjero. Su reseña sobre *Luna Park* (1924), su comentario sobre *Retorno al futuro* (1948), son ejemplo de las incontables páginas que, desde "El Imparcial", dedicó al autor de *La nube y el reloj*.

En la década de los cuarenta fue fundamental la labor que cumplió Raúl Leiva al dar a conocer las influencias, características y tendencias de la producción literaria de Cardoza. Una parte importante de *Los sentidos y el mundo* (Editorial del Ministerio de Educación, 1952) sitúa en su contexto, —al igual que lo hiciera el mexicano Xavier Villaurrutia,— la obra en marcha de Cardoza y Aragón.

El cubano Juan Marinello en *Guatemala nuestra* (1955) entremezcló sociedad, economía e historia para referirse a "esa apasionada autobiografía" que es *Guatemala, las líneas de su mano*. El amplio juicio de Marinello constituye la primera reseña crítica publicada sobre este libro fundamental en la bibliografía de nuestro autor.

No se pueden dejar de mencionar dos estudios recientes que son esenciales en el conocimiento de la obra del crítico guatemalteco: El ensayo sobre ideas estéticas de Cardoza y Aragón publicado como tesis por Lucrecia Méndez de Penedo en la Universidad de San Carlos (1977) y el artículo del mexicano José Joaquín Blanco, "Releyendo a Luis Cardoza y Aragón" (1978) publicado en "La cultura en México", suplemento de la revista *Siempre*.

Es por ello que la publicación de esta "reunión de textos" —como lo llama su editor— se convierte en un primer paso hacia el reconocimiento de una obra significativa de la literatura guatemalteca del siglo XX. Creemos que una segunda edición tendrá que imponerse necesariamente: así, los juicios de críticos como Roberto Díaz Catillo, Josefina Alonso de Rodríguez, Octavio Paz, Oscar Edmundo Palma, José Mejía, Francisco Albizúrez Palma, Antonio Morales Nadler y otros estudiosos y comentaristas, se harán necesarios para reafirmar la visión abarcadora de la obra cardoziana. Un empeño de tal naturaleza sería un reto para el editor y un justo reconocimiento a una obra perdurable.

(1) El homenaje más cercano que conocemos fue el número que *Alero* (Nº. 20, sept. - oct., 1976) dedicó a Luis Cardoza y Aragón, en cuya página inicial se lee la siguiente dedicatoria: "A la voz más alta de nuestras letras, este testimonio de reconocimiento a su vida y obra: a su vocación de patriota y creador".

Caballos en el lago

Los caballos bajan al amanecer.

Entran al lago de oro y avanzan
—ola contra ola
el enarcado cuello y crines—
a la cegadora claridad.
Muchachos desnudos
bañan sus ancas
y ellos yerguen
ebrios de luz
su estampa antigua.
Escuchan
—la oreja atenta—
el sutil clarín de la mañana
y miran
el vasto campo de batalla.
Entonces sueñan
—bulle
la remota osadía—
se remontan
a los días heroicos,
cuando el hierro
devolvía al sol sus lanzas
potros blancos
escuadrones de plata
y el grito
lejanísimo de los pájaros
y el viento.

Pero vuelven
(Látigo
es el tiempo)

Al golpe
enfilan hacia tierra
—bajan la frente—
y uncido
al carro
el sueño

queda
atrás
dormido
el viento.

El dormido

Loca la vela y sin guarnil la caña
vimos el bote zozobrando
lanzado por los vientos y las olas.

Entre la espuma y la noche
sólo un perro aullaba.

Trabajo le costó a Pascasio
arrimar a babor su lancha
y cogerlo con el ancla.

—¡Justo! ¡Jodido!
gritó el marino al ver al hombre
remojado y dormido. —¡Justo!
¡Hijo de puta!

Un gallo lempo aleteaba
guardando el equilibrio
entre relámpagos.

Justo Mora es intrépido
y solitario. Navega
con un perro y un gallo
a cuyo canto se atiende.
Padece
del mal del sueño.

Lo más desagradable era el ruido. Un sonido sordo, afelpado y, sin embargo, persistente. En medio de aquella sensación de terror, al sentirlo tan cercano, su mente razonadora buscaba una fórmula para apartarlo, rechazando la náusea que el solo pensamiento de su roce le producía.

Empezó por introducir sus manos a ras del cuero cabelludo, con los dedos lo más extendidos posible, pero sin abandonar la protección del cráneo.

Aquel suave revolotear del murciélago contra su pelo le causaba pavor. Y lo peor era la oscuridad. Sabía que estaba ahí, maligno, con designios casi humanos y no podía verlo ni hacer algo para librarse de él.

En eso, despertó.

La sensación de terror había sido tan real que aún después, en su cama, con la lámpara encendida, el miedo perduraba. El corazón tenía un ritmo acelerado, pero la luz de la habitación empezó a calmarla.

Los murciélagos de su infancia nunca habían sido signos de terror. En las noches de verano, sus hermanos los ahuyentaban agitando varillas de olivo sobre sus cabezas. El movimiento en círculo, cada vez más rápido, originaba un zumbido atemorizante para los murciélagos. Volaban hacia los aleros de la casa o hacia las copa de los árboles, perfilando su silueta contra el cielo claroscuro del puerto. Ella pedía siempre que no los mataran. Los veía indefensos y, además, en su memoria permanecía la leyenda —tal vez verdad metafísica— de un puente por el que habría de atravesar, después de la muerte. A ambos costados, animales de toda especie esperarían para salvar o lanzar al abismo a los que en vida les habían protegido o maltratado. Todo eso vino a su mente en un instante.

Al cabo de un tiempo volvió a dormir; sin embargo, tan pronto se halló en esa transición entre la realidad y el mundo mágico del sueño, la pesadilla recomenzó. Esta vez era peor.

El aleteo insistente del murciélago se iba acercando. Lo sintió nuevamente en su cabeza, posado y casi diría, envolvente. Los golpeteos eran pastosos, fofos.

Recordaba los murciélagos y veía en su imaginación sus paticas delgadas, sus alas casi transparentes (aun en su negrura) y los ramajes de cartílagos que las sostenían. Notaba también su gesto ratonil, tan cercano a la fábula. No obstante, esto que atenazaba su cabeza era diferente.

Por algún fenómeno de la naturaleza tenían deformaciones especiales. Las alas eran carnosas. No las veía, pero las sentía. Aquel aletear espeso hacía presentir una configuración distinta. Sentía su piel crispada, esperando de un momento a otro quién sabe si una picada, una succión... Sin embargo, lo que la aterrorizaba no era esa premonición draculesca. Lo que dominaba sus nervios con un terror casi ciego era esa pesadez pulposa posada en su cabeza.

Con sus manos metidas a ras del cuero cabelludo y mientras trataba vanamente de alejar aquel contacto viscoso, salió corriendo de la habitación. Casi sin darse cuenta, emitía gritos entrecortados. En la sala, tropezó con la alfombra y cayó. Sintió que alguien se acercaba. La voz de su hijo, adolescente, trataba de tranquilizarla. Pero ella continuaba gritando; esperaba que arrancaran aquel aleteo pesado, carnoso, de su cabeza.

Despertó.

El sudor corría por su rostro y su corazón latía agitadamente. Poco a poco empezó a sosegar.

De pronto la asaltó una duda. Así como había despertado del primer sueño, para encontrarse de nuevo con la misma pesadilla, este despertar, ¿no sería el inicio de otra noche de terror que se repetiría una y otra vez?



Ilustración Augusto Crespin

Los cuerpos abandonados

Cuando ella inclina
sobre la mesa su pequeña mano
como una dama antigua recoge
una cartera

deja entrever el corazón
alfombra
levemente raída

(cuerpos abandonados
me dices,
en un país extraño
—una ciudad húmeda y sombría—
en la cúpula roja
en los ojos dormidos
de siena)

Obscura melancolía

Si yo tomara un sorbo
como un cuerpo ciego
que una voz agreste

susurrara

si apoyara

en otro lecho

este cansancio de pie
la duermevela fatiga
de una mujer que ama
cuerpo cegado

donde un beso

ese infierno

que no puede

lame el seno de la perra vida

Si yo tomara un sorbo

esa gota cruel

que no existe

en este cuarto

si sorbiera veneno

como un cuerpo

como una hora de amor

y nada importe

esa mujer que inclina

cuerpo saciado

que ha agotado la sombra en su lamento

Opio corazón

He vuelto de nuevo al buzón

—así comienza el día

así termina—

como un rito sagrado

opio corazón

Abrí la caja del apartamento 11-B

en el fondo

una tarjeta

"reparamos neveras torres calentadores

artefactos eléctricos"

primorosamente

en letra gótica

—así comienza el día

así termina—

Conversación en un baño

Por costumbre
se acuesta en la cama
a esperar a su marido
que llega siempre tarde
da las buenas noches
bosteza

Ella se va al baño
aplaca la furia
con su mano maestra
recostada en la toalla
cuando él entra y pregunta
"¿qué haces aquí?"

"nada", responde.

A Milene

"... porque no hay acto de creación sin un hermoso ángel caído..."

Carlos Fuentes

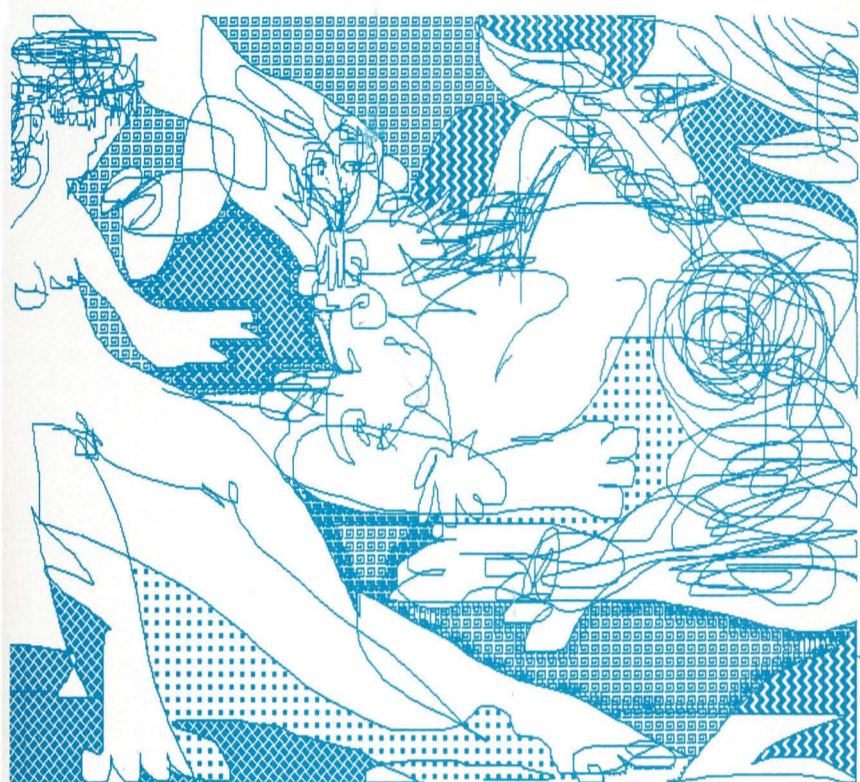


Ilustración Mary Carmen Pérez

Que John Lennon se murió. Que a nosotros qué nos importa. Y yo pegando los recortes de prensa en la pared de mi oficina. Y las secres, imagínate qué desgraciado, dicen en el periódico que se creía Dios; de plano, como siempre andaba drogado. Y yo murmurando "A day in the life" con una cosa bien dura en la garganta. Te recordé. Hace algunos años cuando todos los jóvenes eran peludos, pues los como se llaman ésos, eran la mala influencia. Y yo pensando en ti y cantando... Let me take you down, 'cause I going to strawbery fields... ¿Y qué pasó? ¿murió de sobredosis? No, un hijo de mala madre lo mató al volver a su casa de madrugada. Pensé en Janis Joplin (y en ti). Los músicos de rock siempre caen en la madrugada. Yo también, de madrugada, tengo que cargar con mis primeras muertes del día y cuando voy a morirme por última vez, me salva tu rostro, tus grandes ojos de negro profundo, tan profundo que lleva al caos. Si supiera en qué parte del mundo habitas, tomaría un bus o te llamaría por teléfono. Te preguntaría : ¿Te gustan los Beatles?

Y todos nosotros éramos "Niños Bonitos" y ellos también. Pero poco a poco nos abrieron los ojos; y nos arrullaban con canciones de amor y nos decían que los tiempos eran duros, que en alguna parte una chica abandonaba su hogar y que eso era poético... I read the news today, oh boy... Y yo me recordaba de ti; y te buscaba en las paradas de los buses, a la salida de los cines, en los fugaces rostros de la avenida.

Y tomé mi bus repleto de tristeza. Desde un transistor, un disc jockey decía algo así como que había habido un músico de apellido Lennon, que tocó con un grupo que se llamaba The Beatles, que él no conocía bien el asunto porque ya eran un poco viejos, pero que el mentado Lennon se había muerto y se había armado alboroto. Después se oyó "Yesterday". Me dio escalofríos. La soledad de ese bus saciado de gente me golpeó hasta los tuétanos. Sentí un nudo en la garganta.

La calle, los autos, la deprimente música de feria de los almacenes. Cuando bajé había frío, frío de calle desierta. Llegué a casa y me refugie en mi pequeño cuarto: Mis libros, mis discos de los Beatles, En mi mente: Una muñeca de trapo llamada Susana, en alguna habitación imprecisa en el espacio. Imagine tu cuerpo diluido en las sombras del sueño. Una frase escrita en alguna parte "Los poetas jamás mueren". Caminé por la ciudad, me perdí en los solitarios cafetines y los difusos parques; hasta que llegó el cansancio y empecé a sentir la muerte de los primeros insomnios, y me sumergí en un sueño confuso y distante. Perdí mis manos en tus cabellos y en las formas de miel de tu cuerpo:

—Otra vez tú.

Abrí los ojos al escuchar tus palabras. La muñeca de trapo descansaba a ras de la cama.

—Eres un vagabundo del alba.

—Tenía que venir... esta noche estoy triste.

—Sabes, a veces pienso que no está bien cerrar los ojos y resultar en los brazos de un desconocido.

—John Lennon ha muerto

Me besaste, tan real que creí que iba a despertarme. Después nos miramos y dentro de nosotros sabíamos que algo más nos unía.

—Tengo que irme.

—Quédate, esta vez no importa lo que pase...

—No puedo, tras esa puerta me espera otro mundo; el despertar solitario en mi cama de siempre, los rostros insoportablemente amigables, la rutina, la mediocridad de la oficina, los versos jamás escritos... Además, no está bien confundir la mañana...



Sospecha sólo

1

Que para ser leyenda el agua canta;
leyenda que se queda —como sueño—
mientras el agua —como sueño— pasa.
La vida entre ambos sueños extendida,
sábana puesta al sol, pañal-mortaja,
estuario de sal, de cal, nevero
desprevenido, rosa disecada
de los vientos, espejo y espejismo.
El tiempo aquí otra vez, inveterada
manía, cedazo escrupuloso
de los recuerdos, flauta
en que la historia llora.
Si esto es el paraíso, ¿dónde estaba
el paraíso antes, qué siniestra
corneja hizo el nido entre las ramas
del árbol de la vida?

Terminada

de hacer la luz, ¿quién tuvo la osadía
de escupirle a la cara?

—Eso no se pregunta, niño —me decía
mi madre cuando niño. Quizá era
yo muy preguntador. Tal vez...
¡Paso la página!

2

Virgen acaso, tal vez prostituta,
bruja quizás, pastora o real princesa...
¿Ángel, demonio? —La poesía es esa
incógnita por siempre irresoluta.

Fuego y nieve, caricia y fuerza bruta,
amante fiel que mata cuando besa,
pesadumbre de un sueño hecho pavesa,
plomo al principio y al final voluta.

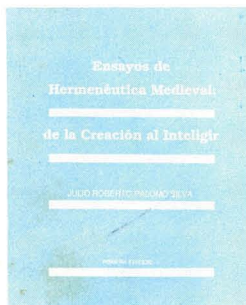
Algo que está y no está, pasa y no pasa,
sucede y no sucede, merodea
en torno al corazón o lo traspasa.

Anida como un clavo en una idea,
anda desnuda y loca por la casa
y nadie acaba de saber qué sea.

114617

NUEVAS PUBLICACIONES

Ensayo

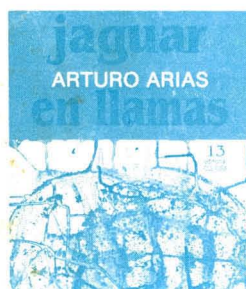


Hermenéutica Medieval: De la Creación al Inteligir

Julio Roberto Palomo Silva. Edit. Palo de Hormigo. Guatemala, 1989. 69 págs.

Esta obra acusa un afán sostenido de preocupación filosófica en el terreno de la creación pura. Su autor ha sido catedrático de Filosofía y Literatura en la Universidad Rafael Landívar por largos años, antes de incorporarse al servicio diplomático de Guatemala. En su libro examina, con el rigor del ensayo el pensamiento de San Agustín, Santo Tomás, Avicena, San Anselmo, Boecio, Abelardo y el de otros pensadores. El afán es extraer las ideas immanentes de los filósofos en el campo de la creación y examinarlas a la luz del estructuralismo.

Novela



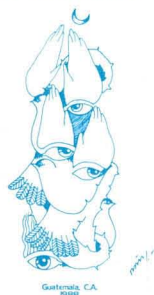
Jaguar en llamas

Arturo Arias. Edit. Cultura, Ministerio de Cultura y Deportes. Guatemala, 1989. 339 Págs.

Se trata de la tercera novela del autor en la cual ensaya un procedimiento ya previsto por José Balza en la obra *Este mar narrativo*. Desde las primeras líneas el lector intuye que no es lectura para "desocupados", sino para intelectuales "preocupados" en explorar la nueva técnica de la novela. Más que el relato es el modo de presentar el mismo —la estructura— lo que más atrae en sus páginas. Es una novela guatemalteca con segura proyección universal.

Poesía

JOSE LUIS VILLATORO
LOS NOMBRES
DE TU NOMBRE



Los nombres de tu nombre

José Luis Villatoro. Edit. Cultura, Ministerio de Cultura y Deportes. Guatemala, 1989. 107 Págs.

Antes de este libro hubo dos señales afirmativas de la poesía de José Luis Villatoro: *Pedro a secas*, *La canción registrada* y *El mero son*. Estas obras dieron merecida nombradía al poeta. Ahora publica *Los nombres de tu nombre*, en el que la originalidad busca y encuentra su camino. Se trata —dentro de la temática— de los nombres que va adquiriendo el amor en el extenso mosaico del idioma. Elemento de "Nuevo Signo", Villatoro refuerza su carta de ciudadanía en ese grupo literario y editorial, ejemplo de cohesión positiva en las letras guatemaltecas.

UNIVERSIDAD RAFAEL LANDIVAR

Rector:

Mons. Luis Manresa Formosa, S.J.

Vicerrector Académico:

Lic. Luis Achaerandio, S.J.

EMBAJADA DE VENEZUELA

Antonio Avelado Leal

Embajador

Cipriano Fuentes

Agregado Cultural y de Prensa

Abra palabra
Publicación bimestral

Consejo Consultivo:

Luis Alfredo Arango

Margarita Carrera

Enrique Peña Hernández

Consejo Editorial:

Max Araujo

María Arranz

Alfonso Enrique Barrientos

Cipriano Fuentes

Guillemina Herrera

Ricardo Lima

Ernesto Loukota

Marcia Vázquez

Coordinadora:

María Arranz

Diseño:

Julio Arévalo

Portada:

Ramón Banús

Dirección: Universidad Rafael Landívar, Departamento de Asuntos Culturales, zona 16, Vista Hermosa III, Apartado de Correos 39 C. Ciudad de Guatemala, Rep. de Guatemala

Las colaboraciones son solicitadas. No se devuelven originales.

Q. 0.50 el ejemplar.

Impreso en Guatemala por Lito Van Color, S.A.

EDITORIAL

Que Antonio Machado ha sido uno de los poetas más fervorosamente leídos —amado— y en el que muchos de sus lectores han visto no sólo a un gran poeta sino un ejemplo moral y cívico, ya se ha dicho. Muchas publicaciones han venido conmemorando el diez, veinte, treinta aniversario de su muerte, teniendo en Colliure desde 1959 una cita devota con el "santo". Devoción al hombre y al poeta que se refleja en homenajes de la mayor variedad y riqueza.

Sin embargo, es preciso hacerse aquí esta pregunta: ¿Ha sido permanente su presencia a lo largo de estos años?

José Olivio Jiménez en un trabajo fundamental sobre este tema hace una mirada retrospectiva para aclarar que ha habido una óptica injusta con la obra total en verso y prosa del poeta. Sangre jacobina y otros apresuramientos de por medio, han llevado a las distintas promociones literarias a rescatar, del intimismo a la otredad, del poeta simbolista al poeta del pueblo, una imagen partida y falseadora que ha conducido a excesos, desde elevarle a los altares como ejemplo de honestidad intelectual, hasta ser calificada de oportunista su poesía de sentido histórico. Desapegos y enamoramientos que hay que conciliar en pro del Machado total de Soledades a Campos de Castilla, dualidad machadiana que implica una voluntad integradora para llegar a una justa estimación de la lucidez de este poeta, desde sus tonos modernistas a la función de objetivación y matices denunciadores que entre bromas y veras, nos ofrece el hombre que nació en Sevilla, "que tuvo patria donde corre el Duero", y transitó con aura mágica. Cincuenta años, ya.

